

guerra vendrá conmigo, y si he de morir yo, morirá ella también á mi lado.

—Santiago, ten un poco de seso.

—No oigo nada, ni escucho á nadie.

Y Santiaguillo salió, como escapado, hacia casa de Catalina.

## CAPÍTULO VII.

### LA PRECAUCIÓN.

Santiaguillo salió, como decimos familiarmente, de verdadera estampía, en busca y demanda de su novia. El prado estaba fresco y húmedo, el aire vívido y tibio, el bosque verde y alegre, las aves canoras y volanderas, mientras su corazón despedazado y herido. La fantasía pintábale con viveza la hermosa Catalina en brazos del terrible conde, y á este cuadro estremeciase con tal mezcla de horror y de furia que parecía un verdadero poseído. Corrió y corrió tanto en los primeros trayectos del camino, que moderó pronto la carrera, y anduvo despacio para llegar mejor al deseado término. En ruta encontró un lisiado, á quien espeara larguísima caminata, según se veía por su aspec-

to, quien le tendió la mano para pedirle una limosna.

—¿De dónde vienes?

Le preguntó Santiaguillo.

—De la guerra.

Le contestó el infeliz.

—¡Ay!

Y el pecho de Santiago suspiró involuntariamente.

—Hacéis bien ¡ah! en suspirar.

—¿No es cierto?

—Aunque pasáramos la vida toda de nuestro espíritu en la eternidad, llorando y plañendo, no derramaríamos el llanto debido á las llagas abiertas en el cuerpo de nuestra crucificada patria por esta su terrible pasión de ahora.

—No habrás visto más que desolaciones, pobre insurrecto.

—Si vierais mi tierra.....

—Me la figuro.

—Ayer, en el tronco de los árboles, bajo la sombra del follaje, donde las avecillas cantaban, grabados los nombres de las novias á mano de los jóvenes jornaleros recién salidos del taller.

—¿Y ahora?

—Esos mismos árboles por tierra para eri-

gir un parapeto en nuestra defensa ó alimentar una hoguera en nuestro vivac.

—¡Cosa horrible!

—Cuántas veces, en las colinas verdes, cercanas al Rhin azul, heme detenido á contemplar la blanca y regocijante casita del vicario festoneada de pámpanos.....

—Ya lo creo; como que convida con su paz á la dulce alegría de vivir.

—Pues ahora, cuatro paredes sin techo, donde crecen las zarzas erizadas de agudas espinas y posan los cuervos hartos de humana carne.

—¡Qué tristeza!

—En el presbiterio una cantina, y junto á la cantina los muertos recién llegados á la eternidad, caidos al empuje de la batalla, y enterrados tan á la superficie del suelo, que parecen las removidas sepulturas, donde comienzan á dormir y á pudrirse, arrugas de la tierra envejecida y llorosa.

—Toma, infeliz, dijo Santiago, dando al fugitivo la suma de los pocos cuartos que había en su escarcela; toma, y socórrete como puedas.

—Gracias, señor, gracias. Bien quisiera que, por premio á vuestra caridad, jamás os viereis en nuestros amargos trances.

—¡Oh! No será posible, no.

—Esta campiña sonríe.

—Verdaderamente.

—Diríase una estrella en tempestuosa noche ó una isla en mar de lágrimas y sangre.

—Pero no tardará mucho tiempo en sentir los efectos del terremoto universal.

—Será grande lástima. ¡Cómo humea tranquilo el hogar! ¡Cómo triscan los corderillos en el prado! ¡Cómo relucen las vasijas llenas de cerveza! ¡Cómo el palacio feudal campea reluciente allá en las cimas y expresa fuerza y protección, al par que aquí abajo las chozas limpias y blanqueadas respiran contento y hablan de paz!

—Pero, mira, donde hay lobos y corceiros, donde hay zorras y gallinas, donde hay milanos y palomas, donde hay castillos y chozas, no puede menos de haber matanza y sangre.

—Tenéis razón.

—Estos terrenos tan pacíficos, donde ves el trigo tan verde y en el trigo la amapola tan roja, están próximos, y muy próximos, á sentir el azote de la guerra, como cualquiera de esas regiones infelices, porque amenazará el milano á nuestras palomas y tendremos que defenderlas.

—¡Oh! ¿Reinará en las sociedades humanas la misma fatalidad que reina en la naturaleza?

—¿Por qué lo dices?

—Pues lo digo porque allí guerra y aquí guerra. Palomas y milanos eternamente allí, unos para comer, otras para ser comidas, y siervos y señores aquí en este campo de batalla, en este pícaro mundo.

—¡Cuán cierto! Yo deseo querer y mi hado me arrastrará sin remedio á combatir y á matar.

—¡Triste destino de nuestra infeliz generación!

—¡Adiós!

Dijo Santiago al llegar á la casa de su novia y apercebirse á entrar.

—¡Que os guíe Dios—le respondió el espeado,—y proteja todas vuestras obras y prospere todos vuestros días!

Santiagoullo entró en casa de su novia. Todo allí respiraba paz, todo. Por do quier se notaba la saludable abundancia que produce con su actividad el trabajo y conserva con su previsión la economía. El suelo de madera estaba limpio y bruñido como la superficie de un espejo. Los objetos del ajuar brillaban, mostrando el cuidado y la solici-

tud de una mujer hacendosa. Veíase á todas horas el huso en su sitio, y en su sitio la rueda de hilar. Chisporroteaba la pródiga lumbre de aquel día bajo la espaciosa campana de una grande chimenea. Los sencillos manjares apercebidos para la comida diaria encontrábanse parte sobre la mesa, donde los preparaban blancas manos, y parte á su vez en la olla, donde á un lento y fecundo calor cocían. A la puerta rumiaba la vaca de leche, gorda y lustrosa. Por las vigas del techo discurrían las recién llegadas golondrinas, piando como si quisiesen saludar á sus huéspedes, y recorriendo todos aquellos sitios y rozándolos con sus alas como si quisiesen reconocerlos después de abandonados por fuerza en la última emigración. Campeaban do quier, en jarras de sencillo barro, flores traídas recientemente del campo, y en jaulas de toscos mimbres pájaros cantores.

Catalina, puesta de limpio, peinada con esmero, fresca y gentil como rosa de Mayo, acababa de dar el salvado á sus gallinas, el alfalfa á sus corderos, el alpiste á sus canarios, el trigo á sus palomas, el aceite á su cocina, el licor al jarro donde bebía su padre, y el ramaje seco á la chimenea chispo-

rroteante, sin que se viese ni cansancio en sus fuerzas, ni descompostura en su traje, ni sombra material ó moral en toda su persona. Descubríase que, reducida en sus ambiciones á gustar y satisfacer á un solo joven, y segura de que le gustaba y le satisfacía con su desinteresado y puro amor, no aspiraba en el mundo á cosa alguna y se amaestraba con empeño en todas las faenas, á fin de atender con acierto al hogar nuevo y al esposo querido, deparados por Dios aquel á su vida y éste á su alma.

No abría una puerta, ni daba vueltas á una llave, ni cocía las legumbres, ni amasaba el pan diario, ni tejía la burda tela, ni ahechaba el trigo para la molienda, ni apercibía el heno para los bueyes y el pienso para las caballerías, sin acompañar todo esto con una canción, instintiva casi, á cuyos acordes gorjeaban alegres en torno suyo los enjaulados pajarillos. Aquella mañana Catalina parecía más regocijada que nunca y más contenta con su suerte después de haber soñado, merced á una serenata ofrecida la noche antecedente á su cariño por el joven Santiago, con las satisfacciones y las delicias del amor. Así pensaba en el hogar definitivo de su vida y en el compañero por

la Providencia designado á su corazón. Y todos sus pensamientos se reducian, todos, á proveer al cuidado del que amaba y al bien de una vida santificada por el amor. Y cuando en su idea dibujaba la figura de Santiaguillo, apareció éste, de cuyo rostro huyó el ceño adusto producido por la zozobra, y de cuya mirada el reflejo fúnebre extendido por la íntima tristeza, en cuanto vió la figura de su Catalina, más jovial y más hermosa cuanto más seguridad tenía de ser tan amada como amante. Por tanto no es de extrañar que lanzára un clamor de júbilo en cuanto viera entrar á Santiago.

—Dios te guarde, Catalina,—dijo el joven enamorado por decir algo.

—¿Cómo tú por aquí á estas horas?

—Ya puedes imaginarte que habrá una razón poderosa.

—Lo creo, y espero que no sea triste.

—Rara vez las alegrías se suceden con frecuencia en la vida.

—¡Hemos sido tan felices!...

—Que no debía extrañarnos ahora una desgracia.

—¡Por Dios, no me asustes, Santiago! Yo creo que á tu lado no podrá sucederme ningún mal.

—Por Dios, no te aflijas, Catalina, que Dios y mi amor los conjurarán todos.

—¡Dices ahora, contra tu costumbre, cosas tan tristes, Santiago, tú de natural tan alegre!

—Pues mira, voy á decirte una muy alegre.

—¿De veras?

—De veras.

—Dila.

—Y pronto.

—Veamos.

—¿Dónde está tu padre?

—Ha subido al granero.

—Pues llámalo.

—No le llamo como no me digas lo triste ó alegre de que antes me habías hablado.

—¿No adivinas para qué deseo ver pronto á tu padre?

—No.

—Pues para decirle...

—¿Qué?

—Déjame respirar.

—¿Qué?

Y Catalina, aunque lo habia todo adivinado con la intuición del amor, deseaba oírlo de labios de su amado.

—Quiero ver pronto á tu padre para decirle que vamos á casarnos en seguida.

—¡Padre, padre!—gritó Catalina con júbilo, antes casi de que hubiera Santiaguillo apuntado su intención y su idea con todo aplomo.

—¡Padre, padre!—volvía, pasados rápidos segundos, á gritar de nuevo la muchacha, como si quisiese que al primer soplo de su aliento y al eco primero de su voz apareciese, para comunicarle tan fausta nueva, el viejo autor de sus días.

—No grites así, Catalina,—le dijo maquinalmente Santiago por decirle cualquier cosa. Pero Catalina, regocijada con su idea y ebria de alegría, saltaba como los cordelillos que triscan por el prado y como las palomas que arrullan junto al manantial, dando palmadas y más palmadas.

Por fin apareció el padre, anciano de apuesta presencia, blanco y rojo, con el sedoso cabello de plata caído sobre la estameña del sayal que cubría sus hombros, la hocicilla de poda en el cinto de cuero, en la una mano cedazo grande apercebido para separar las harinas de sus salvados, y en la otra manajo de llaves pertenecientes al granero de donde bajaba desalado á los gritos de su hija, bien que advirtiera en ellos, desde su primera resonancia, el dejo dulce de una grande alegría.

—¡Padre!—dijo Catalina besando al anciano en las dos mejillas.

—¡Señor!—añadió Santiago inclinando con profundísimo respeto la frente.

—Hijos míos,—respondió el anciano.

—Hijos habéis dicho,—añadió Santiago.

—Sí, sí, mis hijos,—repitió el anciano.

—¡Sus hijos! ¡Qué alegría!—exclamó Catalina.

—¿Qué hay en esto de maravilloso y extraño para tales trasportes?—preguntó con no fingida extrañeza el respetable viejo.

—Pues hay—dijole Santiago—que nunca usasteis, señor, esta palabra; nunca, desde aquel ya lejano y jubiloso día en que os pedí á vuestra hija.

—Es verdad.

—Y como venga hoy á decirnos que ya es hora de casarnos, hame parecido vuestro no usado saludo una demostración de que accedéis á nuestro apremiante ruego y autorizáis nuestra deseada boda.

El anciano meneó la cabeza con dolor, y retrocediendo algunos pasos con precipitación, cubrióse la cara tras las palmas de sus manos, como si le hubiera un sentimiento de vergüenza y de confusión asaltado el ánimo.

—¿Qué tenéis, padre?

—Nada, hija, déjanos. Tengo que hablar con nuestro Santiago.

—Pero padre, ¡qué afligido! ¿Pasa por casualidad alguna desgracia?

—No, Catalina mía, no. La emoción al anuncio de tu boda, el santo recuerdo de tu madre, todo esto...

—¡Ah! Creí.

—No, no es nada, hija mía.

—Padre, tengo tanto miedo al infortunio, no ciertamente por mí, por vosotros.

—Sosiégate, Catalina, y déjanos hablar de asuntos que las solteras no deben saber hasta despues de casadas.

—Si es así, me voy satisfecha.

Y Catalina salió hacia el corral á dar de comer á sus aves domésticas, las cuales aguardábanla con impaciencia y con ruido, pues merced á los anteriores pasos, habiase retardado la usual comida.

—¿Se ha ido?—preguntó el viejo con zozobra.

—Se ha ido,—contestó el joven despues de haber contemplado á Catalina hasta el instante mismo en que á la vista se perdió, por haber tras sí la puerta del corral cerrado muy despacio.

—Vámonos más lejos todavía, Santiaguillo.

—Donde mandéis, tío Elías.

—Ya sabes que quiero á la muchacha como á la luz de mis ojos.

—Y ya sabéis que yo la quiero como á la sangre de mi corazón.

—Lo creo. Y no faltaba más, siendo tan hombre tú y ella tan hermosa.

—Lo es de veras.

—Para mí no podría presentarse mejor partido que Santiago.

—Gracias, tío Elías.

—Algo calavera fuiste de muchacho, algún dinero emprestaste sin necesidad, en alguna riña te metiste...

—Pero desde que ví á Catalina con mis propios ojos y la quise con toda mi alma, heme tornado por milagro de tronera en cenobita.

—Por eso he tardado este largo tiempo en darte como si dijéramos el quien vive y exigirte que te casaras.

—Exigencia, que yo impaciente aguardaba en mis adentros á cada minuto.

—Ya estoy convencido de que has con aplomo sentado la cabeza.

—Pues entonces...

—No hay más que hablar, quieres decir.

—No hay más que hablar digo, y no hay más que ir á la notaría y al presbiterio, añadido.

—¡Infeliz! —exclamó el tío Elías moviendo con dolor la cabeza y enjugando una lágrima rebelde huída del profundo interior del ánimo, á los apagados ojos de su rugosa cara.

—¿Por qué os afligís así, tío Elías?

—Porque no has estudiado ni tu condición ni la mía.

Y el viejo Elías alzó el brazo y mostró la empinada fortaleza del feudalismo entre los lejos del horizonte.

—¡Hum, hum! —murmuró Santiaguillo dando á esta especie de indeliberada y rudimentaria interjección rabiosa, con el rechinar de los dientes y el fulminar de los ojos, algo del rugido de las alimañas feroces.

—Mira: mi padre, labriego como yo, había estudiado y conocido mucho el derecho...

—¿Pues no murió vuestro padre hace más de veinticinco años, al comenzar el siglo, en la primera guerra de los labriegos?

—Sí, murió allí; por eso mismo, por sus

sentimientos y sus principios de derecho.

—¡Ah!

—Educado en casa de un pariente cura, jurisconsulto y canonista, quien le asociara con empeño á la Iglesia, relataba de coro y tenía como al dedillo los privilegios feudales.

—Que tanto nos oprimen.

—Verdad.

—Y que debíamos con tanto empeño borrar de nuestra frente.

—Verdad también.

—Si no me hubiera el amor á Catalina contenido en mis impetus, ya estaría en el campo asistiendo y acompañando á mis hermanos en condición y en aspiraciones.

— ¡Calla, no digas esas cosas!

—Tranquilizaos, tío Elías, que vista y amada Catalina, el tigre se ha tornado cordero, y así pienso yo en irme á las sierras, como en arrancarme las muelas, y eso que somos esclavos.

—No, esclavos no somos.

—Llamadle hache.

—El esclavo pertenece por completo á un señor particular.

—Como pertenecemos nosotros, vos y yo, al conde.

—No exajeres, Santiago.

—Por lo ménos el conde cree que le pertenecemos.

—Ya es otra cosa eso.

—Me da lo mismo.

—No debe darte lo mismo.

—No veo la razón, tío Elías.

—Es claro, Santiaguillo.

—¿Cómo?

—Que conviene tener derecho.

—Idle con guindas á la tarasca y con derechos al conde.

—Lo sé.

—Pues si lo sabéis. . . . .

. . . . .

—¿Qué?

—Debéis saber también cómo la falta de derecho en él aumenta la vergüenza y la esclavitud en nosotros.

—Pues yo te aseguro que nosotros no somos esclavos, ni cosas, ni objetos pertenecientes á un señor.

—Pues ¿qué somos?

—El esclavo es la propiedad de su dueño, como ese pobre cedazo que acabo de soltar es mi propiedad.

—Buena definición.

—Así el señor es su soberano y su juez.

—Ya lo creo.

—Y le destina por derecho y por costumbre, no al trabajo y ocupación que quiera el siervo, sino al trabajo y ocupación que á él arbitrariamente le plazca y le cuadre.

—Justamente, y así lo que adquiera pasa desde luego á propiedad absoluta de su señor.

—Justamente.

—Ya veis que no ignoro el derecho.

—Has puesto el dedo en la llaga.

—Así lo he aprendido tan á mi costa.

—Nosotros no somos esto.

—Pues ¿qué somos nosotros?

—Pues nosotros ni bien libres, ni bien siervos.

—Es verdad.

—Por consecuencia. . . . .

—Somos algo peor que siervos.

—No tanto, Santiaguillo, no tanto.

—Discurrid como queráis.

—Continúo, si no me interrumpes.

—No os interrumpiré.

—Gracias, Santiaguillo.

—Perdonad, tío Elías; pero...

—Pero ¿qué?

—Estoy tan impaciente.

—¿De qué?